

EJERCICIOS
PARA

«EN TODO
AMAR
Y SERVIR»

AL CORAZÓN
DE JESÚS

SANTIAGO
ARELLANO LIBRADA



COLECCION FONS VITAE



EJERCICIOS PARA «EN TODO AMAR Y
SERVIR» AL CORAZÓN DE JESÚS

Primera edición: 2020

Segunda edición: 2022

© 2022 EDICIONES COR IESU, hhnssc

Plaza San Andrés, 5

45002 - Toledo

www.edicionescoriesu.es

info@edicionescoriesu.es

ISBN (papel): 978-84-18467-33-2

ISBN (ebook): 978-84-18467-39-4

Depósito legal: TO 47-2022

Imprime: Ulzama Digital, S.L.

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

SANTIAGO ARELLANO LIBRADA, HNSSC

EJERCICIOS PARA «EN TODO AMAR Y
SERVIR» AL CORAZÓN DE JESÚS

EDICIONES
COR
IESU

PRÓLOGO

Cuando el P. Santiago Arellano Librada me dijo que le prologara el libro sobre los Ejercicios Espirituales que ha ido dirigiendo, en varios momentos y en Radio María, a personas de todas las vocaciones en la vida de la Iglesia, entonces me pareció comprender que si hay algo importante en la educación integral de la persona son los Ejercicios Espirituales muy necesarios para el sustento del alma como para el cuerpo lo es el alimento que le fortalece. Un día le pregunté al Papa Francisco si él también comprobaba en la sociedad la falta de espiritualidad, a lo que él me respondió: «Sin una auténtica espiritualidad el Maligno actúa a sus anchas». Y es verdad, cuando el espíritu no está vigilante se desorienta. Esto es lo que nos refiere y advierte la Palabra de Dios: «Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quién devorar» (1Pe 5,8).

Los Ejercicios Espirituales tienen como meta llevar el alma a identificarse más con Dios y en su voluntad. Y serán fructíferos si el ejercitante vive la humildad. Decía un gran santo: «La humildad es la fuente y el fundamento de toda clase de virtudes, es la puerta por la cual pasan las gracias que Dios nos otorga; ella es la que sazona todos nuestros actos, comunicándoles tanto valor, y haciendo que resulten tan agradables a Dios. Finalmente, ella nos constituye dueños del corazón de Dios, hasta hacer de Él, por decirlo así, nuestro servidor; pues nunca ha podido Dios resistir a un corazón humilde» (San Juan María Vianney, *Sermón en el décimo domingo, después de Pentecostés*).

Estoy seguro que Dios se ha servido del P. Santiago Arellano para que muchas personas, con la experiencia de los Ejercicios Espirituales, se posicionen y sitúen ante la vida de una forma muy distinta a lo que estaban acostumbradas. A muchos les habrá servido para abrirse a la gracia de Dios, a otros les habrá tocado su corazón y han iniciado una nueva forma de vivir, algunos habrán encontrado la luz para orientar su vida en el cumplimiento a la voluntad de Dios, varios se habrán decidido a seguir a Jesucristo por el camino de la vocación consagrada o sacerdotal. Tal vez matrimonios que

estaban en un momento de crisis existencial han recibido una bocanada de vida nueva y se han mantenido en fidelidad. ¡Cuánto bien han hecho y siguen haciendo los Ejercicios Espirituales!

Me parece muy bien que se publiquen estos Ejercicios Espirituales que seguirán tocando el corazón de muchos puesto que sólo desde el Corazón de Jesucristo se entiende nuestra vida. Sin Él la vida se convierte en un erial seco y sin resultados puesto que lo único que se consigue es deshumanizarla. Si queremos humanizarnos auténticamente se ha de tener en cuenta que sólo se consigue desde el Corazón de Jesucristo. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). La vida abundante es la vida eterna, una vida que comienza en el momento que reconocemos a Jesucristo y lo acogemos como Salvador. La abundancia no es la longitud de días, la salud, la prosperidad, la familia o la carrera. La abundancia está en: «Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien has enviado» (Jn 17, 3). El conocimiento de Dios es la clave para una vida verdaderamente abundante. ¡Que para esto sirvan estos Ejercicios Espirituales, para dar Gloria a Dios!

† Francisco Pérez González
Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela

AGRADECIMIENTOS

Al Excelentísimo Arzobispo D. Francisco por su acogida paternal en los años que he estado ejerciendo mi ministerio sacerdotal.

A mis padres por su dedicación, cariño y transmisión de la Fe.

A mis hermanos y sobrinos por el cariño que me han demostrado.

A mis hermanos de la Hermandad de Hijos de Nuestra señora del Sagrado Corazón de Jesús con quienes tanto he aprendido.

A mis directores espirituales que supieron encauzarme hacia Dios (Padre Antonio Pérez-Mosso, Padre Manuel Iglesias, Padre Mendizábal).

A Schola Cordis Iesu por el depósito doctrinal que nos ha sabido transmitir.

A los profesores del Colegio Irabia.

A los educadores del Seminario Conciliar San Ildefonso de Toledo.

Y de manera muy especial quiero agradecer a Jesús Martínez por la edición de los audios, a Eva Sacristán por la transcripción de los audios, a María Paz Mora y Pablo Martínez por el diseño, maquetación y coordinación del libro, y a Patricia Trigo por su delicada caricatura sobre mi espiritualidad.

1. INTRODUCCIÓN

Con gozo y estupor os ofrezco estas reflexiones que ante el Señor he venido tejiendo en mis veinte años de sacerdocio. Son mis ejercicios espirituales, y los pongo por escrito para ayudaros a realizar los vuestros. Que no consisten sino en amar y más amar a Dios en Jesucristo, y así «en todo amar y servir al Corazón de Jesús» por todo el amor que ha derrochado con cada uno de los seres humanos, y siempre de la mano de su Madre, y nuestra Madre y Reina, la Virgen María.

Nada se puede hacer sin el Espíritu Santo. Que sea Él quien nos lleve de su mano, con su providencia y su cuidado amoroso. A Él, que es amor del Padre y del Hijo, he suplicado siempre que me inspire lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia santificación. El Paráclito es el maestro de las almas, el que incendia en el fuego del amor nuestros corazones. Por eso a Él me encomiendo y a Él le suplico en mi oración:

Espíritu Santo, dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar, dame acierto al empezar la dirección, al progresar en la perfección de las almas, al acabar estos ejercicios como inicio de un camino de santidad y el fuego con que tu incendias nuestros corazones.

Así suplico que el Espíritu Santo conduzca mis palabras y, sobre todo, vuestros corazones para poder acercarnos al misterio de Dios, a la intimidad con Dios. Y todo lo pongo especialmente bajo la protección de nuestra Madre, la Virgen, y de San José, custodio de la vida interior. Invoco la protección de Santa Teresita del niño Jesús a la quiero tanto y de San Ignacio de Loyola a quien vamos a seguir en sus ejercicios. Y, como telón de fondo, al santo matrimonio, San Luis y Santa Celia, los padres de Santa Teresita, para que cada uno encuentre la vocación a la que Dios nos llama y nos vaya conduciendo y ayudando, con la intercesión de nuestros santos, al cumplimiento de la misión encomendada.

Y para la mía, pobre cura de almas, se lo suplico a Dios con las palabras que utilizaba San Enrique de Ossó:

Pues yo también quiero conducir a tu presencia, Jesús, a los que me has dado; para que les hables al corazón, les enamores de tu persona y los cautives en tu amor. No pueden vivir sin amar: descúbreles quién eres, muéstrales tu rostro, suene tu voz en lo más secreto de su espíritu. Viniste al mundo, Jesús, para meter fuego en la tierra de nuestros corazones. Y no deseas otra cosa sino que ardan en tu amor. Este es también mi deseo y por eso te pido que me des, como a Pablo, el evangelizar a todo el mundo las insondables riquezas de tu amor¹.

Hago mía esta oración preciosa de San Enrique de Ossó para que yo también arda en ese fuego de amor y haga arder a quien lea este libro.

¿QUÉ SON LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES?

Es el mismo San Ignacio de Loyola quien nos precisa que «se llaman ejercicios espirituales a toda manera de preparar el alma, examinar la conciencia, meditar, contemplar y orar»². Son igual que los ejercicios físicos. Uno tiene que esforzarse, tiene que trabajar según el fin que se propone.

En los ejercicios espirituales toca pues, primero, examinar el alma para acercarse y llegar al Creador y Señor; y, segundo, recibir gracias y dones de la bondad divina. Que el mismo Creador y Señor se comunique al alma, abrazándola en su amor y alabanza e impulsándola a vencerse a sí misma y a ordenar la vida según la voluntad divina, sin determinarse por ninguna afección desordenada.

Vamos a pedir estas dos cosas para acercarnos a Dios Nuestro Señor y vivir en ese abrazo de su amor; pues en los ejercicios nos toca vivir un tiempo especialmente de oración para que el mismo Creador y Señor se comunique con su criatura abrazándola en su amor. Dice San Ignacio: «¿Qué es la oración?». Santa Teresa de Ávila, con su fuerza y gracejo, nos enseña: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»³. Qué maravilla de definición: tratar a solas de amistad con quien sabemos nos ama. Y Santa Teresita del Niño Jesús decía: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor, tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría»⁴.

Ojalá el Señor nos conceda ese impulso del corazón, esa gracia profunda para vivir en la simple mirada hacia lo alto bajo el influjo del amor.

También la Madre Teresa de Calcuta decía en su testamento espiritual: «Jesús quiere que les diga cuánto amor siente por cada uno de vosotros, más allá de todo lo que os podáis imaginar». Y añade:

Me inquieta que alguno de vosotros no hayáis aún encontrado a Jesús cara a cara; vosotros y Jesús, a solas. Ciertamente podemos pasar un tiempo en la capilla, pero percibirlo en vosotros, con los ojos del alma, el amor con que Él os mira, conoced verdaderamente al Jesús vivo, no desde los libros sino por haberle dado hospedaje en vuestro corazón. ¿Habéis entendido sus palabras de amor? Esta es la gracia que debéis pedir. Él tiene el deseo ardiente de ofrecéroslo. No abandonéis nunca este contacto íntimo y cotidiano con Jesús como persona real viva y no como una pura idea. ¿Cómo podremos pasar», dice la santa, «ya un solo día sin escuchar decir a Jesús: ‘Yo te amo’? Es imposible. Nuestra alma necesita esto igual que nuestro cuerpo necesita respirar; de lo contrario, la oración muere y la meditación degenera en simple reflexión. Jesús quiere que cada uno de nosotros le escuchemos. Él nos habla en el silencio del corazón, estad atentos a todo aquello que podría impedir este contacto personal con el Jesús viviente.

Qué maravilla. La Madre Teresa repite que es imposible no escuchar cada día a Jesús, la Madre Teresa, en medio de la desolación interior, repite que es imposible; que Jesús continuamente nos está diciendo «yo te amo».

San Juan Pablo II decía que orar significa dedicar un poco del propio tiempo a Cristo, confiarse a Él, permanecer en silencio para escuchar su palabra y hacerla resonar en el corazón⁵.

Pues eso es lo que pretendemos, acercarnos a nuestro Creador; pero sobre todo con la esperanza de que Él se acerque a nosotros. Lo que nos toca a nosotros nos lo dice San Ignacio. Dice: «Que el alma quede satisfecha en pensar que ha estado una entera hora en el ejercicio y antes más que menos». Él dirá que habrá que intentar realizar los cinco ejercicios, dedicar cinco horas a la oración. «Porque el enemigo no poco suele procurar hacer, por ejemplo, acortar la hora de tal contemplación, meditación u oración»⁶. Lo que intenta el enemigo es abreviar el tiempo de oración para que no nos pongamos a tiro del amor de Dios.

Debemos ser como garbanzos, y perdonen la comparación: hay garbanzos que cuanto más tiempo están a remojo, se cuecen mejor. Tenemos que permanecer como los garbanzos, ablandándonos al agua del calor del corazón de Cristo. Buscar el contacto con el Señor hará que no nos determinemos por afección desordenada, pero sí solo por Cristo. En

definitiva, permanecer a la espera, abandonarnos en Él, dejarnos llevar por Él.

Nuestra actitud humana se puede expresar con un chiste. Seguro que conocen la historieta humorística en la que se nos cuenta de un capitán que observó que, de noche y sin luces, otro se dirigía directamente hacia él. Rápidamente intentó hablar con el otro capitán por la radio diciéndole: «¡Aquí el capitán de El Invencible! Me dirijo al capitán del barco no identificado. Estamos a punto de colisión. Cambie su rumbo 10° al sur; cambio. Pero el otro contestó: «Cambie usted su rumbo 10° al norte; cambio». Repite el primero: «Oiga, que soy un capitán y le ordeno que cambie su rumbo 10° al sur; cambio». Y, de pronto, claramente escuchó: «Y a mí qué. Mire usted por dónde, yo sólo soy un marinero de segunda; pero le insisto en que sea usted quien modifique su rumbo 10° al norte; cambio. «Debe saber que esto es un portaaviones y que tengo prioridad; cambio». «Allá usted si no lo hace. ¡Yo estoy en el faro!».

Así nos pasa a nosotros en los asuntos de Dios. No queremos cambiar ni por esas y vamos tirando, aparentemente tan alegres como vacíos y desorientados. Queremos que sea el otro el que cambie su rumbo, sin darnos cuenta de que el capitán desde el faro es Cristo que, con su foco, ilumina nuestra vida, le marca rumbo y sentido y deja nuestro corazón encendido de amor.

Nosotros no tenemos que determinarnos por ninguna afección desordenada sino por el Señor, que es el faro de nuestra vida. En esto tenemos que ser tremendamente generosos. Enseña San Ignacio:

Al que recibe los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y generosidad con su Creador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad para que su Divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad².

Yo, ministro del Señor Jesús, quiero pedirte que de verdad lo hagas así. Tienes que ser muy generoso. Dile una y otra vez: «Aquí me tienes, Señor. ¿Para qué me quieres?». Ten muy clavado en tu memoria que Dios no se deja ganar en generosidad; que es Él quien tiene verdadero deseo de entrar en contacto con nosotros; que es Él el que está llamando a la puerta. Como dice el Apocalipsis 3:19:

Estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como Yo, que también he

salido vencedor, me he sentado con mi Padre en su trono. El que tenga oídos oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: si alguno oye mi voz y abre la puerta entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.

¿Se dan cuenta de que es Dios quien tiene un deseo enorme de intimar con nosotros? Quien dice que quiere cenar con nosotros, adelantando su deseo a nuestra necesidad y a nuestra súplica, es Jesús, el mismísimo Jesús, quien en el Cantar de los Cantares 2,13 y siguientes, dice: «Me robaste el corazón, hermana mía, novia mía; me robaste el corazón» y le dice también:

Levántate, amada mía, hermosa mía y métete, Paloma mía, en las grietas de la roca, en escarpados escondrijos; muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz porque tu voz es dulce y gracioso tu semblante.

¿Se dan cuenta con qué cariño nos trata el buen Dios? Cómo nos dice «amada mía, hermosa mía», y se lo dice a tu alma y a la mía con un cariño enorme. Así habla Dios, con un deseo muy grande. Fijaos cómo dice en Sofonías: «Dios te ama y baila por ti». Y añade: «regocíjate, hija de Sión. Grita de júbilo, Israel. Alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos, el Señor será el rey de Israel en medio de ti y ya no temerás. Aquel día dirán a Jerusalén:

No temas, Sión, no desfallezcan tus manos; el señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva. Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta.»

Esta es la maravilla de nuestro Buen Dios: su gozo es tal que hasta baila por ti. Como nos dirá en Isaías 41:13 y siguientes, cómo tú eres su chiquitín, como Él te auxilia y convertirá tu desierto en un estanque: «No temas, gusanillo de Jacob, oruguita de Israel, yo mismo te auxilio».

¡Con qué ternura nos habla el Buen Dios! porque desea estar con nosotros y no se deja ganar nunca en generosidad. Es muy importante, al empezar los ejercicios, que tú veas que Dios sale a tu encuentro; que no temas, pues Él te dará la gracia que necesitas.

Uno que empezaba los ejercicios me decía: «Esto es más pesado que un collar de melones». Pues mire usted por dónde, es justo al revés. Lo que nos toca a nosotros es confiar en que el Señor nos dará su gracia, como dice Isaías 40:25 y siguientes:

Se cansan los muchachos, se fatigan los jóvenes, y tropiezan y vacilan; pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse.

Lo que nos toca hacer es confiar en el Buen Dios que sale a nuestro encuentro.

Cuenta el Padre Renato una anécdota que viene como anillo al dedo. Se trata de un sacerdote italiano, misionero en las chabolas de Río de Janeiro, en una zona con niños abandonados, sin padres. El padre Renato fundó la «Casa del muchacho». Entre los niños acogidos había uno que se llamaba Dino, tenía 10 años. Es un muchacho de la calle, como los llaman en Brasil; no conoce a sus padres, no tiene hermanos ni amigos; no tiene casa, su cama es cualquier rincón de la calle. Acaba de aprender a leer y a escribir. Por la mañana, en la casa de acogida, había hecho la tarea de acabar unos dibujos. Incluso había escrito la dedicatoria: Dino a su papá. Su papá es el padre Renato. Aquel mismo día, por la tarde, los otros niños avisan al padre Renato y le dicen sobresaltados: «Dino, se ha escapado, ha vuelto a la calle». El padre Renato, como no lo puede oír como quien oye llover, indiferentemente, les dice: «Voy a buscarlo ahora mismo, aunque está lloviendo».

Cuenta el padre Renato:

En cuanto me vio el niño, agarró una botella de un montón de basura, la rompió contra el suelo y armado con un trozo de vidrio se alejó de mí gritando que iba a robar porque tenía hambre, como lo había hecho otras veces. Lo seguí de lejos, se paró delante de un bar, observando a las personas que comen. Me gritó que le diera dinero para comprarse algo de comer. Lo invité a subir al coche conmigo, me acerqué y me dejé agarrar: «Pero, Dino, ¿por qué haces esto? En casa tienes que comer». Ya en el coche me lo confesó todo, llorando: se había escapado para ver si yo iba a buscarlo. Quería comprobar si yo le quería de verdad. Ahora ya sabe realmente lo importante que es para el Padre Renato.

Hay que dejarse agarrar por el amor de Cristo; confiar en que Él nos ama de verdad y que sale a nuestro encuentro, incluso cuando uno recuerda lo mucho que le *hemos* ofendido, hasta el extremo de sospechar que Dios, que lo conoce todo, no puede mirarnos con cariño.

Sin embargo, Dios se comporta de manera diferente. Él mismo nos lo cuenta por medio del profeta Oseas. Dios compara al pueblo judío con una esposa que ha sido infiel a su marido. En el primer momento Dios se comporta como un esposo enojado. Sabe que la esposa a la que ama le es infiel. Cuanto más lo piensa, más se va enojando. En voz alta va diciendo:

«Ya no es mi mujer. Tiene que quitar de su rostro sus prostituciones, no sea que la reduzca a tierra árida y la haga morir de sed. Ni de sus hijos no me compadeceré porque son hijos de prostitución.

La visitaré por los días de los Baales, cuando les quemaba incienso y se iba detrás de sus amantes, olvidándose de mí⁸.

Pero Dios, que va mostrando su enfado, cuando parece que llega al colmo de su ira y parece que va a destruir a su esposa por su infidelidad, de repente cambia de tono y, acordándose de lo mucho que la quiere, le confiesa que de nuevo la va a seducir:

La llevaré al desierto y allí le hablaré al corazón y ella me responderá como en los días de su juventud. Yo te desposaré conmigo para siempre, me desposaré en justicia, en derecho, en amor y compasión. Te desposaré conmigo en fidelidad y tu conocerás al que te sigue amando⁹.

Maravilloso es nuestro Dios.

Conozco tu conducta
y tu constante esfuerzo
has sufrido por mi causa
sin sucumbir al cansancio,
pero tengo contra ti
que has dejado enfriar
tu primer amor.

Por eso yo te voy a seducir,
te llevaré al desierto
y allí hablaré a tu corazón
y tú me responderás,
como en los días de tu juventud.

No se te llamará
jamás la desolada,
ni a tu tierra se dirá
ya más abandonada
pues Yahvé se complacerá en ti
y tu tierra será desposada.

Y como joven se casa con doncella,
se casará contigo tu Hacedor,
y con gozo de esposo por su novia
se gozará por ti tu Dios.

Por eso yo te voy a seducir,
te llevaré al desierto
y allí hablaré a tu corazón
y tú me responderás,
como en los días de tu juventud.

Yo te desposaré
conmigo para siempre,
te desposaré en fidelidad,
en amor y en compasión,
y tú conocerás a Yahvé.

Ensancha el espacio de tu tienda,
tus clavijas asegura,
no te detengas,
pues tus hijos heredarán naciones,
y un pueblo de Dios formarás.

Por eso yo te voy a seducir,
te llevaré al desierto
y allí hablaré a tu corazón
y tú me responderás,
como en los días de tu juventud.¹⁰

Confía en el Señor; Él te seducirá, Él logrará que le respondas como en los días de tu juventud; con ese amor primero que quizá has olvidado o has abandonado. «Yo la voy a seducir», dice el Señor, «y tú dirás como Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir».

Como cuenta André Frossard:

Dios existe, yo me lo encontré: habiendo entrado a las 5:10 de la tarde en una capilla del barrio latino en busca de un amigo, salí a las 5:15 en compañía de una amistad que no era de la tierra, llevado, alzado, recogido y arrollado por la ola de una alegría inagotable¹¹.

Confía en el Señor, querido lector. Tú también serás alzado, recogido, arrollado por esa alegría inagotable; pero tienes que abrirle el corazón al Buen Dios y dejarte seducir; dejar que Él también te lleve al desierto. Así lo dice la palabra de Dios: «La llevaré al desierto», tu alma será llevada al desierto. Y ahí nos dice San Ignacio: «Tanto más se aprovechará cuanto más nuestra alma se halla sola y apartada. Así se hace más apta para acercarse y llegar a su Creador y Señor»¹².

IMPORTANCIA DEL SILENCIO

Qué importante es para este fin el silencio. El silencio exterior: ausencia de ruidos, barullos, todo lo que distrae nuestra atención y cierra la puerta a nuestro interior. Soledad y silencio, sí: para hacer bien el retiro espiritual. Pero también el silencio interior: nuestras cavilaciones, nuestros afanes, nuestra imaginación, nuestras pasiones. Quietud interior, sosiego del alma. Cuántas veces los ordenadores, los móviles, los equipos de sonido, hacen difícil el silencio interior. Dice San Ignacio: «Tanto más se aprovechará cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos y de toda solicitud terrena»¹³. Y también San Juan de Ávila enseña:

Vete a un yermo y tápiate, métete entre cuatro paredes, donde no veas, no oigas ni trates con nadie. Si no, comprobarás que no te aprovecha nada; porque contigo está lo que te hace mal, tú mismo te das muerte con tus manos, eres cruz. No te quejes de nadie sino de ti mismo¹⁴.

Cuántas veces ocurre que, apartados de nuestra existencia exterior, mantenemos por dentro esas distracciones; no cortamos con todo lo que sabemos que nos impide entrar en el interior de nuestra alma, con lo que, una vez tras otra, muchas veces, se nos viene a la cabeza porque hay un apego. Hay que cortar con todo. Necesitamos hacer ese silencio, necesitamos ponernos en esa situación de desierto. El cardenal Robert Sarah, en su libro precioso, *Dios o nada*, cuenta que, dada la tremenda dificultad del momento, no era irracional pensar en abandonar el ser arzobispo. Quería presentar la carta de renuncia por un montón de persecuciones externas e internas, también dentro de la propia Iglesia. Nos cuenta que, al final, para hacer frente a esta situación estableció un programa regular de retiro espiritual:

Cada dos meses me marchaba solo a un lugar completamente aislado. Durante tres días me sometía a un ayuno total, sin agua ni alimentos de ninguna clase, deseaba estar con Dios para hablar con Él cara a cara. Salía de Conakri con este propósito, como si me hubiera implantado un microchip en mi cabeza. Salía con el chip sin llevarme nada más que una Biblia, un pequeño maletín para celebrar misa y un libro de lectura espiritual. La eucaristía era mi único alimento y mi única compañía. Esta vida de soledad y de oración me permitía cobrar fuerzas y volver al combate¹⁵.

Llevamos años en combate. Necesitamos estar completamente aislados. No se explica, si no, que el cardenal Sarah permanezca tan valiente en medio de la confusión actual. ¿Cómo puede mantenerse con ese vigor? Porque sabe retirarse en silencio y oración para estar, como dice él, cara a cara con el Buen Dios. Necesitamos ese silencio.

A veces la providencia misma nos lleva al silencio como le ocurrió a San Ignacio cuando el conocido bombazo, estando en la defensa de Pamplona, lo dejó herido en una pierna. Mal asunto para sus sueños de caballero, que contrariaba sus planes, pues tuvo que permanecer convaleciente, en reposo, sin otra cosa que hacer que la lectura de vidas ejemplares. Maravilloso retiro y silencio y soledad que lo transformó en el Caballero de Dios, Ignacio de Loyola.

Lo mismo le ocurrió a Immaculée Ilibagiza, que estuvo 91 días recluida en un cuarto de baño porque la buscaban para matarla. Nos cuenta que,

precisamente en esas penosas circunstancias, tuvo la experiencia preciosa en que sintió la presencia alentadora de Dios a su lado, que le animaba¹⁶.

Cada uno tiene que buscar ese tiempo de silencio, de apartamiento para encontrarse cara a cara con el Buen Dios que está siempre buscándonos. Decía San Agustín: «Temo que Jesús pase y no vuelva»¹⁷. Debemos permanecer atentos porque Jesús quiere pasar durante estos ejercicios espirituales para ponerse a nuestro lado. No despistarse, sino «con muy grande y determinada determinación», que decía santa Teresa, darle al Señor aquello que quiera pedir. Cuando el padre Laínez, especialista en Sagrada Escritura, le preguntó a San Ignacio qué quería decir con la expresión «grande ánimo y liberalidad», San Ignacio le contestó así: «Sicut Paulus, sicut Zaqueus». Es decir, como San Pablo y como Zaqueo.

SICUT PAULUS, SICUT ZAQUEUS

Es bonito contemplar en el Evangelio cuando Jesús atravesó aquella ciudad, como quiere atravesar tu vida, el Señor quiere pasar a tu lado. Y lo llamó por su nombre, como te quiere llamar a ti por tu nombre. Lee el pasaje en Lucas 19:1 y siguientes. Sirve para esta oración introductoria. Le dice: «Zaqueo, date prisa, pues hoy tengo que quedarme en tu casa». Es el Señor el que toma la iniciativa y se invita a entrar en su casa, como en la tuya. Jesús te invita: «Date prisa»;y nos dice que bajó de prisa. Pero al ver aquello todos murmuraban diciendo: «Entró a hospedarse en casa de un pecador». Tú también en estos ejercicios escucharás ese murmullo de quien te quiere sacar, de quien te quiere cerrar a que te abras al amor de Cristo.

Pero, por su parte, Zaqueo, deteniéndose, le dijo al Señor: «La mitad de mis bienes, Señor, voy a darla a los pobres, y si a alguno le defraudé en algo, quiero restituirle cuatro veces más». «Voy a dar». Esta es la actitud primera: dar.

En los diálogos de Santa Catalina de Siena podemos leer que Dios Padre le comentó: «Todos los seres humanos fuisteis llamados en general y en particular por mi Hijo cuando, en el ardor de sus deseos, clamaba en el templo: «Quien tenga sed, que venga a mí y beba». Así que todos estáis invitados a la fuente de aguas vivas de la gracia. Preciso es, pues, a todos, pasar por mi Hijo y caminar con ánimo perseverante, sin que ni espinas ni vientos contrarios ni la prosperidad ni la adversidad, ni otras penalidades cualesquiera os hagan volver la vista atrás. Perseverad hasta encontrarme a Mí, que doy el agua viva, porque mediante este dulce Verbo de amor, mi Único Hijo, es como os la doy¹⁸.

¿Os dais cuenta, queridos lectores, que «ni vientos contrarios ni nada» me pueda apartar de este mi Buen Señor? Qué provechoso, a este respecto, lo que nos dejó escrito San Claudio de la Colombière, en las anotaciones que hizo sobre sus ejercicios. Escribe así:

He empezado, con la gracia de Dios, con una voluntad muy decidida, a seguir todos los movimientos del Espíritu Santo y sin ninguna traba que me impida darme a Dios sin reserva; resuelto a sufrir por Él cuantas sequedades y desolaciones internas puedan venirme, que bien las merezco, o por el abuso que he hecho de las luces y consuelos que otras veces he recibido. Por eso me propongo, primero, hacer estos ejercicios como si fueran los últimos que he de hacer y como si inmediatamente después de concluidos tuviera que morir¹⁹.

Fíjense qué primera resolución: hacerlos como si fuera lo último que voy a hacer. Qué bueno sería que lo hiciéramos así nosotros también, como si fuera lo último. O sea: termino estos ejercicios y me presento ante el trono de Dios. Quitad toda actitud morbosa y obsesiva. Hay que pensarlo serenamente sin agobiarse. Olvidaros de si habéis hecho o no el testamento. Que no se trata ni de angustiarse ni de convertirse, como se dice popularmente, en un agonías. Se trata de una reflexión serena que tiene en cuenta lo que ineludiblemente nos ha de suceder a cada uno. Dios va a pasar a mi lado. San Claudio resalta el «como si fuera el último» para que seamos extremadamente fieles y sinceros. En definitiva, «para vencer, en este punto el orgullo, que encuentra gran repugnancia en descubrirse». Esto hace referencia a una de las anotaciones que hace San Ignacio. Dice:

La decimoséptima: mucho aprovecha que, al que da los ejercicios, le informemos fielmente de las varias agitaciones y pensamientos que los varios espíritus le traen, porque, según el mayor o menor provecho, le puede dar algunos espirituales ejercicios convenientes y conformes a la necesidad del alma agitada»²⁰, el abrir el corazón.

Ojalá que cada uno de ustedes tenga la ocasión y la oportunidad, en estos ejercicios, de poder abrir al corazón a un buen director espiritual y contarle y no tener repugnancia en descubrirse, aunque le parezca un claro resto de otros tiempos, algo que me ha pasado y que me ha venido a la cabeza. No te preocupes.

El tercer propósito que hace San Claudio en esos ejercicios es «no ocuparme nada de mí ni de mis asuntos». Quizás alguno va a hacer los ejercicios para sacar tiempo para leer unos cuantos libros que tengo sin concluir o buscando descanso o como bien. No, no: nosotros no nos ocupamos de nosotros mismos, sino del Buen Dios, que es quien nos

iluminará en aquello en que tenemos que cambiar. Dice el Cantar de los Cantares²¹: «Llévame en pos de ti y corramos». Y dirá en el 8:5: «¿Quién es ésta que sube del desierto apoyada en su amado?» ¡Apoyada en su amado! Pues así nosotros, apoyados en nuestro amado, que es el Corazón de Jesús, es como nos determinamos.

No queremos que vengan a nosotros vientos contrarios y tenemos que pedirselo con esta canción. Pidámosle al Buen Dios que nos mueva hacia Él; que no nos muevan los hilos de este mundo:

Muéveme, mi Dios, hacia Ti
que no me muevan los hilos de este mundo.
Muéveme, tráeme hacia Ti
desde lo profundo.

Es lo que le pedimos al Señor: que nos mueva Él hacia Él mismo, que nosotros no podemos, que nos faltan las fuerzas; pero que con su ayuda sí que podemos.

Fíjense, por ejemplo, en lo que nos recomendaba San Ignacio para hacer ese grande ánimo y generosidad: como Saulo, como Zaqueo. Veíamos a Zaqueo decidido a dar: voy a dar.

Vamos a considerar ahora a San Pablo. Lo tenéis en los Hechos de los Apóstoles. Este apasionado perseguidor devastaba la iglesia, entrando por las casas y arrastrando a hombres y mujeres los mandaba a la cárcel»²². Él, «respirando amenazas de muerte»²³. «A mí me pareció que debía realizar muchos actos de hostilidad contra el nombre de Jesús el Nazareno»²⁴. Observad, queridos lectores, ¿no parece la peor actitud para empezar unos ejercicios espirituales? Iba a perseguir y hacer actos de hostilidad contra los creyentes, considerándose «cumplidor celoso de la ley de Dios». Efectivamente él quería servir a Dios pero no se daba cuenta de que estaba dando coces contra el aguijón, persiguiendo a Jesús, el nazareno. Y contará en Hechos 26 y siguientes: «En mitad del día, según iba por el camino, vi, oh rey, una luz venida del cielo, mayor que el brillo del sol, que me envolvió con su brillo a mí y a los que iban conmigo de camino. Todos nosotros caímos al suelo y oí una voz que me decía en lengua aramea: «Saul, Saul, ¿por qué me persigues? Te es inútil dar coces contra el aguijón». Yo respondí: «¿Quién eres, Jesús? ¿Quién eres, Señor?» El Señor dijo: «Yo soy Jesús, al que tú persigues». ¡Qué hermoso! Él le sale al encuentro, ¿os dais cuenta? Y le llama

por su nombre, como lo llamaba su madre: Saul Saul, en lengua aramea. Y él dice: «¿Quién eres? ¿Quién eres, Señor?». El Señor dice: «Yo soy Jesús». Jesús significa «Dios salva». Es decir, «soy tu Salvador».

Cuando Teresa de Ávila encontró un niño en el convento, le preguntó: «¿Tú quién eres?». Y el niño le replicó: «Y tú, ¿quién eres?». Ella respondió: «Yo soy Teresa de Jesús». Y el niño le dijo: «Pues yo soy Jesús de Teresa». ¡Jesús de Teresa! Yo soy el Dios que salva a Teresa. Ahí puedes poner tu nombre, querido lector, y oirás que te dice: yo soy el que te salva, el que sale a tu encuentro, tu Salvador, «Yo-Soy» es el nombre de Dios. Yo soy Jesús, al que tú persigues. La iniciativa es del Señor. Me robaste el corazón, hermana mía, novia mía, me robaste el corazón, como escuchábamos en el Cantar de los Cantares.

No menos hermoso es recordar las palabras, que tanto me impresionaron, de San Juan Pablo II en el año 2000 en la Plaza de San Pedro, cuando nos dijo:

No penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo y os conoce personalmente. Él os ama tiernamente incluso cuando uno no se da cuenta de ello²⁵.

Querido ejercitante: eres precioso, eres preciosa para Cristo. Y es así. Él sale a tu encuentro porque no puede vivir sin ti. Y por eso te quiere seducir, te quiere llevar al desierto y te va a hablar al corazón. Decía San Enrique de Ossó:

Señor mío Jesucristo, háblame tú, Verdad Eterna, callen en tu presencia todas las criaturas, y háblame tú, Creador, de ellas. Que más provecho hace al alma una palabra salida de tu boca que los más sublimes y bien compuestos discursos de los hombres.

Esto es lo que tenemos que pedir: que en estos ejercicios salga a nuestro encuentro; que no nos tiren los hilos de este mundo, sino su gracia, su Espíritu Santo. Te lo pedimos, Señor. Te lo pido, como sacerdote tuyo, para todos estos ejercitantes. Dice San Pablo: «Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba»²⁶. San Agustín nos advirtió: «Temo que Jesús pase y no vuelva». Algo parecido ocurrió a los niños de Fátima. Lucía veía y oía a la Virgen; en cambio, Francisco la veía pero no podía oír su voz. Ojalá nosotros podamos ver y escuchar al Señor en estos ejercicios espirituales. Dios quiera que podamos responderle como dice en los Hechos 22:10: «Señor, ¿qué tengo que hacer?». Esto es lo que le dijo San

Pablo. Lo que se nos quiere indicar al empezar estos ejercicios es esa actitud de Zaqueo de dar y también la de San Pablo: «Señor, ¿qué tengo que hacer?».

San Francisco Javier se convirtió haciendo los ejercicios espirituales que San Ignacio de Loyola le dirigió. ¿Se acuerdan que le repetía muchas veces: «¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo si pierde su alma?». Pues así nosotros también, al empezar estos ejercicios. Poner toda nuestra vida ante el Buen Dios.

San Francisco Javier confiesa que iría por todas partes dando voces «como hombre que tiene perdido el juicio». E iría principalmente a la Universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: «¡Cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!». «Si estudiasen en la cuenta que Dios Nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, muchos se moverían tomando medios y ejercicios espirituales para ver y sentir dentro de sus almas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones y diciendo: «Señor, vedme aquí presente, qué queréis que haga. Enviadme adonde queráis; y, si conviene, a los indios»²⁷. Como hizo San Pablo: por nuestra parte, poner de verdad toda nuestra carne en el asador. Qué quieres de mí, Señor.

En los Hechos de los Apóstoles, en el número 22, se dice: «El Señor me dijo: «Levántate, vete a Damasco y allí se te informará de todo lo que está determinado que hagas. Pero como no veía, debido al resplandor de aquella luz, llevado de la mano por mis compañeros, llegué a Damasco». Observad que para entrar en sus ejercicios espirituales, San Pablo tuvo que quedar cegado, por el Señor. Ojalá Dios nos conceda recoger los sentidos para fijar nuestra mirada interior sólo en el Señor. El Señor le dará también la luz justa para ese momento. “Vete a Damasco, allí se te dirá”».

A veces también nosotros tenemos la certeza de lo poco que podemos; pero en ese poco hay que ser fiel. Sucede como cuando en el coche no tenemos todo el mapa de carreteras ni toda la visión. Solo tenemos las luces cortas del coche. Entonces es necesario ser fiel a esas luces cortas del coche.

Comenta Josef Holzner, en su libro de San Pablo, *Heraldo de Cristo*:

Quando Saulo se levantó por orden verbal del Señor, abrió los ojos, que hasta entonces había cerrado como para defenderse, pero no vio nada; estaba ciego, como desamparado. Estaba allí el terrible varón y buscaba a tientas a sus compañeros. Estos condujeron con suavidad y miramiento

al hombre quebrantado y silencioso a una posada judía. Mientras sus compañeros, sin presentir el misterio de su adalid, hacían notorio el objeto de su llegada con amenazadores ademanes en el barrio de los judíos. Saulo se encerró en su aposento y rechazó todo alivio, que el solícito dueño de la posada ofreció al ilustre huésped. Estuvo tres días sin comer ni beber nada. Muerto para el mundo exterior. Cristo le había dicho que en la ciudad conocería lo que debía hacer. Tres días necesitó Saulo para desembarazarse de las ruinas de su anterior concepto del mundo²⁸.

Tres días de silencio, de recogimiento; los mismos que el cardenal Sara necesitaba para volver a recuperar la paz y, a la vez, dejarse llevar por el Señor.

Qué prueba tan curiosa la de Ananías. Cuando el Señor le dice que tiene que ir a hablar con Saulo. Le advierte al Señor de todos los peligros que ha oído a muchos contar de este hombre, y de tantos males que ha causado a hombres santos en Jerusalén. Le recuerda que ahí tiene autoridad de parte de los sumos sacerdotes para encadenar a todos los que invocan Su nombre. El Señor le pide que vaya a evangelizar a Saulo, y él sabe perfectamente que Saulo es el perseguidor. Como si le reprochase al Buen Señor que se estuviera equivocando, como si fuera una trampa, se pone a explicarle al Señor. Cuántas veces, como nos da miedo hacer la voluntad de Dios –por afectos y apegos desordenados– dejamos de escucharle. Somos casi ridículos. Pero entonces el Señor le dirá a Ananías:

Vete porque ese es para mí un instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel; que yo le mostraré cuánto tendrá que sufrir por mi nombre.

Sufrir y gozar por el nombre de Cristo para hallar la voluntad de Dios y luego para evangelizar a medio mundo. «Por pura benevolencia», dirá en Gálatas 1:15, «Él tuvo a bien revelar a su Hijo en mí». Nosotros tenemos que tener esa disposición interior de dejarle a Él que nos seduzca, que nos revele a su Hijo en nosotros.

Albert Vanhoye, jesuita tan sabio, comenta este texto y explica que propiamente no dice «revelarme a su hijo» sino «revelar a su hijo en mí»²⁹. «La acción divina de revelación es interior, es una gracia personal íntima y profunda», dice él. Dios lo ha puesto en relación íntima con Jesucristo. Es una gracia fulgurante, parecida a la que recibió Pedro cuando reconoció a Jesús como Hijo de Dios vivo. Te lo ha revelado mi Padre. Recibir de Dios una revelación significa ser introducido en la vida íntima de Dios. No se trata de una explicación teórica, sino de una relación de vida, que es mucho más reveladora; se trata de conocer el Corazón de Cristo, el corazón del Hijo

de Dios hecho hombre. Es colocarnos en el centro más profundo, más íntimo de la Revelación.

«Tenemos que estar verdaderamente agradecidos al Señor y descubrir que estamos llamados a conocer, en el sentido bíblico, el Corazón de Jesús», dice Albert Vanhoye. Yo quisiera llenarte de esa esperanza. El Señor quiere revelar su corazón. Está deseándolo y no hay quien lo reciba. Tienes que abrir tu corazón, tienes que abrir la puerta de par en par, sin miedos –«abrid de par en par las puertas a Cristo»– y estar dispuesto a que él sea introducido en ti, que tú seas introducido en la vida íntima de Dios, en el Corazón del Señor. Qué gozo tan grande va a ser eso para ti, querido ejercitante, y para el Señor.

Otra anotación de máxima importancia la da San Ignacio. Dice: «No el mucho saber harta y satisface el alma, más el sentir y gustar de las cosas internamente»³⁰. Tampoco se trata de saber, sino de sabor, de saborear, de sentir y gustar de las cosas internamente, de ser introducidos en la vida íntima de Dios. No se trata de mera sensibilidad, de sentir externamente. Se trata de escucharle a Jesús por la fe decir: «Te amo». Saborear que Dios se ha manifestado en el interior, en lo más íntimo de mí mismo, para que nosotros podamos decir también, como dice San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Esto es un regalo inmenso que el Señor nos quiere dar, que el Señor te quiere dar.

Por eso te pido que todos estos textos que hemos ido escuchando los vayas saboreando en tu corazón, dejando al Señor que Él te hable, que Él quiera seducirte y tú te dejes seducir por Él. Tú entra en los ejercicios con este deseo grande: ir al encuentro del Señor sin miedos, sabiendo que el Señor te va a dar esas alas de águila; que quiere renovarte; que Él baila de gozo por ti, que salta de gozo por ti, que no puede vivir sin ti.

Como San Ignacio, te animo a decir –¿se acuerdan, de cuando en la casa de Loyola está leyendo aquellos libros?–: «Si Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo que hacer. San Ignacio hizo esto, pues yo lo tengo que hacer». Pero no tanto como un voluntarismo sino pidiéndole al buen Dios que me conceda la gracia –porque yo no soy capaz–, esa gracia que concedió la noche de Navidad a Santa Teresita del Niño Jesús, a la que invocamos también muy especialmente en estos ejercicios espirituales. Ella cuenta que

era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerla crecer en un momento:

Ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad. En esa noche luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el dulce niño recién nacido, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz. En esta noche, en la que Él se hizo débil y doliente por mi amor, me hizo a mí fuerte y valerosa, me revistió de sus armas y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, una carrera de gigante. Se secó la fuente de mis lágrimas y, en adelante, ya no volvió a abrirse sino muy raras veces y con gran dificultad, lo cual justificó estas palabras que un día me habían dicho: «Lloras tanto en la niñez que más tarde no tendrás lágrimas que derramar». Esto fue el 25 de diciembre de 1886, cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión³¹.

Queridos ejercitantes: dejémosle al Señor que nos regale esta conversión, vamos a pedirselo. No se trata de voluntarismo, sino de una acción de su gracia. Eso sí: por nuestra parte una grande y determinada determinación, el deseo grande de salir al encuentro de Cristo. La confianza de que Él, a su vez, viene a nuestro encuentro, se anticipa en el amor, sale a buscarnos, a rescatarnos.

Vamos a pedirle al buen Dios que nos encienda en el fuego de su amor, como hemos dicho al principio con San Enrique de Ossó. Esta misma mañana una persona me contaba que en un retiro había sentido físicamente arder su corazón y había entendido cómo arde el Corazón de Jesús. Pidámosle al Buen Dios que nos conceda también a cada uno de nosotros esté encuentro con Cristo vivo, que nos invita: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo». Que Dios os bendiga a todos.

-
1. San Enrique de Ossó, *¡Viva Jesús! El cuarto de hora de oración, según las enseñanzas de la seráfica virgen y doctora Santa Teresa de Jesús*. (Barcelona: Ramón Casals, 1944).
 2. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios de S. Ignacio de Loyola*, texto modernizado por Manuel Iglesias (Burgos: Monte Carmelo, 2004), [1].
 3. Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*. (Madrid: Rialp, 2014).
 4. Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*. (Burgos: Monte Carmelo, 2003).
 5. San Juan Pablo II, *Discurso en la Fiesta de Acogida de los jóvenes*, Jornada Mundial de la Juventud en Roma, 15 agosto de 2000.
 6. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [12].
 7. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [5].
 8. Oseas 2:4 y siguientes.
 9. Oseas 2:16 y siguientes.

10. Este texto precioso del profeta Oseas me gustaría que lo escucharan en la canción que compuso el sacerdote cantautor Gonzalo Mazarrasa. Me gustaría que lo escuchasen como de parte de Dios. Es Dios mismo el que te canta esta canción.
11. Frossard, André, *Dios existe, yo me lo encontré*. (Madrid: Rialp, 1990).
12. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [20].
13. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [20].
14. San Juan de Ávila, *Obras Completas*. (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002).
15. Robert Sarah y Nicolas Diat, *Dios o nada*. (Madrid: Palabra, 2015).
16. Immaculée Ilibagiza y Steve Erwin, *Sobrevivir para contarlo: el coraje de una mujer durante el genocidio de Ruanda*, trad. Nuria Burgell. (Barcelona: Sabai, 2010).
17. San Agustín de Hipona, *Los sermones de San Agustín*, trad. Laurentino Álvarez. (Madrid: Imp. del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús, 1923-1932).
18. Santa Catalina de Siena, *El diálogo*. (Madrid: Rialp, 1956).
19. San Claudio de la Colombière, *Escritos espirituales del Beato Claudio de la Colombière, S.J.*, ed. Juan Manuel Igartua. (Bilbao: Mensajero, 1979).
20. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [17].
21. Cantar de los Cantares 1:4.
22. Hechos de los Apóstoles 8:3 y siguientes.
23. Hechos de los Apóstoles 9:1.
24. Hechos de los Apóstoles 26:9.
25. San Juan Pablo II, *Discurso en la Fiesta de Acogida de los jóvenes*, Jornada Mundial de la Juventud en Roma, 15 agosto de 2000.
26. Hechos de los Apóstoles 22:9.
27. San Francisco Javier, *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, ed. Félix Zubillaga. (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996).
28. Holzner, Josef, *San Pablo: heraldo de Cristo*. (Barcelona: Herder, 2008).
29. Vanhoye, Albert, «Experiencia de Cristo y pensamiento de Pablo», en *Pablo y Cristo. La centralidad de Cristo en el pensamiento de San Pablo*, ed. Luis Sánchez Navarro (Madrid: Publicaciones San Dámaso, 2002).
30. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios*, [2]
31. Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*. (Burgos: Monte Carmelo, 2003).

2. PRINCIPIO Y FUNDAMENTO I

CONSIDERACIÓN DEL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Muy queridos lectores: qué gusto poder transmitirles los ejercicios espirituales de San Ignacio, que no dejan de ser un tesoro de nuestra Madre Iglesia. Continuamos, estimados ejercitantes, con la consideración que hace San Ignacio sobre el Principio y Fundamento, es decir, pondremos la atención donde tenemos que fundamentar nuestra vida. Dice así el santo, en el número 23¹ de los ejercicios: «El hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma». Quisiera que se lo pidamos desde el principio a Nuestro Señor porque solo Él puede concedernoslo. Le podemos rezar con esta canción, que dice así:

Dame un nuevo corazón, Señor,
un corazón para adorarte,
un corazón para servirte
dame un nuevo Corazón, Señor.

Dame un nuevo corazón, Señor,
un corazón para adorarte,
un corazón para servirte
dame un nuevo Corazón, Señor.

Limpio, como el cristal
dulce, como la miel
un corazón que sea
como el tuyo, Señor.

Limpio, como el cristal
dulce, como la miel
un corazón que sea
como el tuyo, Señor.

Eso es lo que le pedimos: que nos conceda un corazón como el de Cristo, un corazón nuevo para adorarle y servirle. «El hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar su alma», decía San Ignacio; lo que yo pretendo es que todo lo que vamos a ver aquí sea para Su Gloria. Estos ejercicios, por tanto, no pretenden ser una erudición y una maravilla de finura, sino una ayuda para pedir al Señor y unirse a Él.

«El hombre ha sido creado». Fíjense, en el Catecismo de la Iglesia Católica², que es un tesoro inmenso, se dice en el número 282: «La catequesis sobre la creación reviste una importancia capital». Se refiere a los fundamentos mismos de la vida humana y cristiana, explicita la respuesta de la fe cristiana a la pregunta básica que los hombres de todos los tiempos se han formulado: de dónde venimos, a dónde vamos, cuál es nuestro origen, cuál es nuestro fin, de dónde viene y a dónde va todo lo que existe. Las dos cuestiones, la del origen y la del fin, son inseparables, son decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y de nuestro obrar.

Ya lo creo que sí: hoy en día, con las nuevas ideologías y con determinados libros y películas que se difunden muchísimo, pretenden hacernos creer que nosotros somos fruto de una mera casualidad o fruto de unas energías que están hoy en día de moda. Y, en definitiva, se dinamita la idea de que hemos sido creados, que tenemos un Creador, un Padre, un Dios que nos quiere con locura.

Fíjense lo que dice en el número 295 el Catecismo: «Creemos que Dios creó el mundo según su sabiduría. Este no es producto de una necesidad cualquiera, de un destino ciego o del azar. Creemos que procede de la voluntad libre de Dios, que ha querido hacer participar a las criaturas de su ser, de su sabiduría y de su bondad». Y cita el Apocalipsis 4:11: «Porque Tú has creado todas las cosas por Tu Voluntad, lo que no existía fue creado». También el salmo 104 canta: «Cuán numerosas son tus obras, Señor, todas las has hecho con sabiduría»; y el salmo 145 dice: «Bueno es el Señor para con todos y sus ternuras sobre todas sus obras».

Fijaos qué distinto es considerarse así –fruto de una sabiduría, y de un amor, de una ternura infinita– a considerarse meramente como el fruto de una casualidad. No me extraña que a nuestra humanidad le llenen de tristeza toda estas filosofías falsas contemporáneas. Qué distinto es lo que nuestro Buen Dios nos dice. Fíjense, por ejemplo, en lo que le habló el Señor a Santa Catalina de Siena, que tiene unos diálogos preciosos con Dios: «Hija mía, ¿sabes quién eres tú y quién soy Yo? No hay mayor felicidad que saber esto. Tú eres la que no es y Yo soy el que es»³. ¡Yo soy el que es! Fíjense en esta frase. Cuenta su biógrafo, el beato Raimundo de Capua⁴, que todo lo demás que escribió esta doctora de la Iglesia está contenido como en germen en esta experiencia fundamental.

El principio y fundamento es saber que somos creados. Hay quien tiene miedo de esta consideración por pensar que al ser el Creador va parecer muy distante, pero es al revés. Al saber que de verdad Él es y nosotros somos los que no somos, uno se maravilla cuando este ser eterno se abaja hasta nosotros para hacernos sus hijos, sus amigos. Por eso no hay mayor felicidad que saber esto, que Dios es el que es, que es de inmensa majestad. En el salmo 100 se nos dice: «Reconozcan que el Señor es Dios, Él nos hizo y a Él pertenecemos». Él nos hizo, ¡le pertenecemos! Esto es una maravilla, porque es bueno. En el salmo 96 se nos enseña: «Porque el Señor es grande y muy digno de alabanza. El Señor hizo el cielo, en su presencia y esplendor y majestad, en su santuario poder y hermosura, aclamen al Señor familias de los pueblos, adoren al Señor, digan entre las naciones: “el Señor reina, el mundo está firme y no vacilará”».

LA GRANDEZA DE DIOS EN LOS SANTOS

Estamos firmes, queridos lectores, estamos firmes en el poder, en la majestad y en la grandeza de Dios. Por ejemplo, en el Éxodo, capítulo 3:1 y siguientes, Dios le habla a Moisés desde una zarza que arde en fuego y que no se consume, y le dice: «Quita las sandalias de tus pies porque el lugar donde estás parado es tierra Santa, yo soy el Dios de tu padre Abrahán». Fijaos, ¡cómo le habla! Que ya le hable, siendo «el que es» y nosotros «lo que no somos» ya es algo grande. «Entonces Moisés cubrió su rostro porque tenía temor de mirar a Dios». El Señor le envía a liberar a su pueblo y Moisés le pregunta: «Pero claro, yo, si tengo que ir al faraón... ¿Qué le diré? ¿Quién eres? ¿Quién me envía? ¿Cuál es tu nombre». «Y dijo Dios a Moisés: “yo soy el que soy: Yahveh”». Eso es lo que significa: Yahveh, yo soy el que soy. «Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: “Yo soy, me ha enviado a vosotros, este es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de mí de generación en generación”».

El nombre de Dios es tan grande que los israelitas preferían sustituirlo por la palabra ‘adonai’, ‘Señor’, para no decir el innumerable nombre de Dios. Y hoy en día vemos tantas veces cómo de labios de muchos surge la blasfemia. ¡Qué horror! En realidad, debería ser tan respetado el nombre de Dios... Qué maravilla entender así su majestad infinita. Se pregunta San Basilio⁵: «¿Hay algo más admirable que la belleza de Dios? ¿Puede pensarse en algo

más dulce que la magnificencia divina? ¿Puede existir un deseo más fuerte que el que Dios infunde en el alma que dice con sincero afecto «desfallezco de amor»? El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable, inenarrable. Ojalá, contemplando la grandeza de Dios, quedemos como extasiados, quedemos como fuera de nosotros mismos, diciendo «¡pero qué grande es Dios, pero qué grande es Dios!».

San Juan de la Cruz quedó una vez impresionado al visitar a las Carmelitas de Beas de Segura. Le preguntó a una carmelita que qué hacía ella en la oración y contestó: «Yo lo que hago en la oración es contemplar la hermosura de Dios y holgarme de que la tenga»⁶. Qué generoso: contemplar la hermosura de Dios y holgarme de que la tenga. Esto debería bastarnos, ¿no? «Solo Dios basta», decía Santa Teresa, ¿verdad? Solo Dios basta. «¡Solo Dios!», decía el hermano Rafael, y siempre me acuerdo de Garrigou-Lagrange, que salió una vez a una de aquellas clases magistrales que estaba tan llena y todos tan atentos y solamente pudo decir «Dios». Y se echó a llorar. Volvió a intentarlo: «Dios». Y se volvió echar a llorar. «Dios», volvió a echarse a llorar. Y tuvo que marcharse emocionado. Fue una de las grandes lecciones magistrales de este gran teólogo. Qué maravilla. Debería bastarnos, digo, esta consideración de la grandeza de Dios.

Cuentan que una vez Santa Clara de Asís le tuvo que ayudar a San Francisco de Asís. Él tuvo una tentación muy fuerte: estuvo cuatro años sumido en la tristeza. Su obra era de Dios, o era su vanidad la que lo hizo. ¿Se engañaba? ¿Dónde estaba la voluntad de Dios? Con esto se iba encerrando en sí mismo. Santa Clara se le acercó y le ayudó en esta tentación y le dijo: «Un pequeño problema de apreciación, Padre Francisco, la cosa que amamos se nos pega. A veces dudo si la cosa se nos pega o somos nosotros los que nos apegamos a la cosa. Cuando se cierne una amenaza sobre la cosa que amamos, quiero decir. Cuando surge el peligro de que la cosa se nos escape nos agarramos más fuertemente a ella. En la medida en que aumenta el peligro, más crece nuestra adhesión. En la medida en que más crece nuestra adhesión, mayor es la cosa, y así al final. Si la cosa es un gatito, en el monasterio no queda otra cosa más que el gatito». Las palabras de Clara eran como lluvia fresca sobre una tarde ardiente de estío. Así se sentía Francisco.

Y sigue Santa Clara:

Padre Francisco: el ideal, la orden, la pobreza, son cosa ciertamente importante, pero levanta un poco la vista, mira a tu alrededor y te encontrarás con una realidad inconmensurable, altísima: Dios. Si miras a Dios, aquello que tanto te preocupa te parecerá insignificante». «Pequeño problema de apreciación»: ¿qué valen nuestros pequeños ideales en comparación con la eternidad y la inmensidad de Dios? Cuando se mira la altura de las del Altísimo, nuestros temores parecen sombras ridículas. En la altura de Dios las cosas adquieren su estatura. Todo queda ajustado y llega la paz. Santa Clara se aproximó más a él y le dijo despacito: «Querido Francisco: Dios, Dios».

Clara pronunció esto con una profundidad tan inefable que a Francisco se le desplomaron de un golpe todos los andamios y repentinamente se sintió libre, infinitamente feliz, con una dicha absolutamente inexplicable. Al darse cuenta de esto, Clara avanzó más, mientras Francisco se sentía abrumado por esta infinita realidad: Dios. Y por la carga de una felicidad nunca experimentada. Continuó Clara: «Padre Francisco, fuiste un implacable talador, quemaste, barriste, demoliste casa, dinero, posición social, avanzaste hasta latitudes más profundas, venciste el ridículo, el miedo al desprestigio. Escalaste la cumbre más alta de la perfecta alegría, te despojaste de todo para que Dios fuera tu todo, pero si en este momento reina alguna sombra de tus habitaciones, es señal de que estás apegado a algo y de que Dios todavía no es tu todo, de ahí tu tristeza. Para la perfecta alegría sólo te hace falta una cosa: desprenderte de la obra de Dios y quedarte con Dios mismo, completamente desnudo. Suéltate de ti mismo y da el salto mortal. Dios es y basta. Entonces sabrás qué es la perfecta alegría, la perfecta libertad y la perfecta fidelidad». Clara cayó: sin darse cuenta, el hermano vertía lágrimas tranquilas; una embriaguez parecida al amanecer del mundo tomó completa posesión de Francisco. Se sentía inconmensurablemente dichoso. «Dios es y basta», repetía sollozando el hermano. Se levantó despacito y dijo por última vez: «Dios es y basta, ¡esta es la perfecta alegría!». Y diciendo esto se dio media vuelta y, sin despedirse de Clara, se fue llorando. Lo mismo hizo Clara⁷.

Dios es y basta. ¿Se dan cuenta, queridos ejercitantes? Qué importante es quitarnos de los afectos desordenados para considerar sólo al Buen Dios y, a la vez, la pequeñez del hombre. «Tú eres la que no es, yo soy el que soy», nos dice, y no hay mayor felicidad que saber esto. En otro momento dice el Señor a Santa Catalina de Siena:

Me pides que te conceda el deseo de conocerme a Mí, que soy la Suprema Verdad, y el deseo de amarme a mí, Vida Eterna. El camino es este, que no te apartes nunca del conocimiento de ti misma, que bajes al valle de la humildad y me reconozcas a Mí en ti. De este conocimiento